Entrevista con Juan Villoro

La cancha como espacio de lectura

Silvina Espinosa de los Monteros

El 12 de junio pasado empezó el Campeonato Mundial de Futbol en Brasil. El escritor mexicano que con más brillantez y profundidad se ha dedicado al tema del "deporte de las patadas" es Juan Villoro, quien acaba de publicar el libro Balón dividido*, sobre el que conversa con nuestra colaboradora Silvina Espinosa de los Monteros.*

Frente al tornado de emociones que suscita la Copa Mundial de Futbol —que este 2014 se celebra en Brasil—, un escritor polifacético como Juan Villoro (México, 1956), recientemente nombrado miembro de El Colegio Nacional, despeja hacia el centro de la cancha *Balón dividido* (Planeta), un conjunto de 28 retratos y crónicas en torno a la pasión que no sólo produce más dinero en el planeta sino que da pauta a una variada gama de aproximaciones que van de lo meramente lúdico a lo antropológico, pasando por el análisis social, político e incluso psicológico, en los que la estrella es el lenguaje.

Si en un anterior libro dedicado al futbol optó por la circularidad de un título como era Dios es redondo*, ¿por qué ahora hay una presunción de ruptura con* Balón dividido*?*

Son dos jugadas distintas —asegura el también Premio Iberoamericano de Letras José Donoso—. A diferencia de *Dios es redondo*, que alude al sentido religioso que puede tener la pelota y a su comportamiento inesperado en la cancha, tan parecido al de las deidades, *Balón dividido* es la expresión de un momento crucial de cualquier partido en el que la pelota está entre dos jugadores sin pertenecer a uno en particular. Algo que también me parece una metáfora apropiada para la lectura: el libro es un balón dividido entre el autor y el lector, por lo que hay que ver quién se apropia de él.

¿Con qué espíritu decidió reunir esta serie de textos en un solo volumen?

Estamos hablando de textos que escribí a lo largo de ocho años. Después de publicar *Dios es redondo* en 2006,

seguí con el tema porque cubrí el Mundial de Alemania en ese año y luego escribí bastante a propósito del de Sudáfrica en 2010; además, también tengo una columna en un periódico de Cataluña que se publica en Barcelona y ahí suelo hablar mucho de los avatares de la liga española. Tratándose de artículos periodísticos, hay muchas cosas que resultan evanescentes o efímeras, catástrofes de una semana que la gente olvida e incluso luego no gravitan en la historia del futbol, por lo que en *Balón dividido* traté de reunir crónicas que expresaran mejor nuestro tiempo, que pudieran ser más perdurables e interesar a gente que no necesariamente es afecta al futbol o que es enemiga de él.

Si el lector pudiese recorrer de un lado al otro esta cancha literaria, ¿con qué se encontraría?

Con textos muy variados. Algunos de ellos tienen que ver con la afición por el futbol y la manera en que lo vemos y, otros, con el carácter mediático de los ídolos, muchas veces desde su condición de delegados sentimentales de la gente. Quería explorar la manera en que la aldea global vuelca su sed de romance en historias ajenas como la de Shakira y Piqué; me interesaba tratar de descifrar ciertas figuras predominantes como Lionel Messi, Ronaldinho o Cristiano Ronaldo, pero también indagar situaciones complejas dentro de la vida de los futbolistas como el suicidio del portero Robert Enke, que padecía una depresión que no pudo superar y que lo llevó a una disyuntiva dramática: seguir siendo portero de la selección alemana o aceptarse como un enfermo psicológico, aunque al final optó por echarse a las vías del tren. También están destinos peculiares como los de los hermanos Jérôme y Kevin-Prince Boateng: uno juega para Alemania y el otro para Ghana y a su manera encarnan la historia de Abel y Caín, uno es el chico bueno y otro es el niño terrible.

Al margen de lo enunciado por Villoro, vale la pena señalar la inclusión en este volumen de las afiladas disquisiciones en torno al arte de gritar en los estadios, el controvertido amor a la camiseta en tiempos de capitalismo rampante; la figura del árbitro, cuyo salario más constante es "el del ultraje" o el balón que, en virtud de constituir un ente "esquivo y movedizo, nos recuerda que la eternidad es veloz".

Hacer tolerable el mundo

¿Qué peso específico tiene el juego para una especie a la que el teórico de la cultura Johan Huizinga denominó Homo ludens*?*

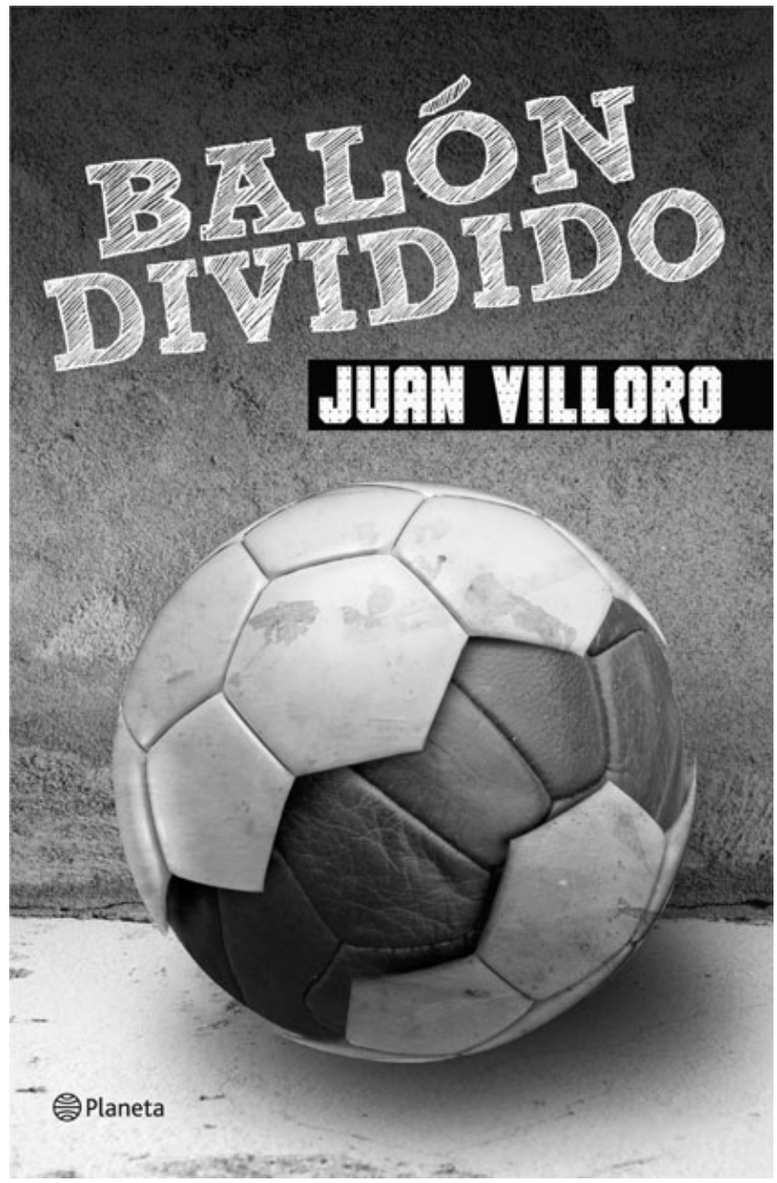
El juego es esencial a nuestra condición. El mundo es insoportable; tal y como está hecho, nos queda a deber. La realidad no nos basta y para suplir esta carencia existe el pensamiento mágico, el juego, el amor, el arte y otras formas de expansión de la realidad a través de la conciencia. El juego se inscribe en esta necesidad de hacer tolerable un mundo imperfecto.

Usted ha dicho que la realidad mejora por escrito. ¿Cuál sería el mayor desafío de un cronista deportivo?

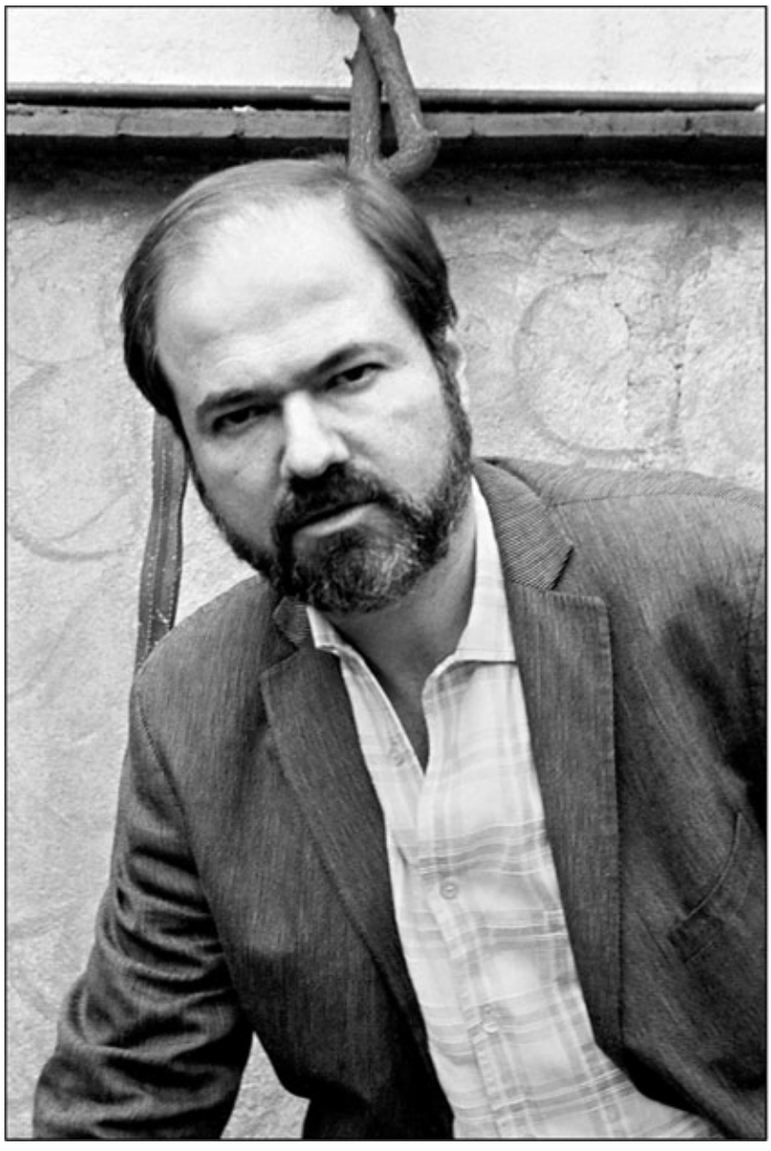
Que lo que vas a escribir pueda emocionar o interesar de manera diferente a alguien que ya conoce en lo básico el asunto y eso es bastante complicado, porque no les vas a dar grandes sorpresas, quizás en alguna anécdota o dato curioso, pero básicamente el mayor reto es volver a contar de manera satisfactoria lo ya sucedido.

¿Cómo enriquecer la realidad sin traicionarla?

Antes que nada, es obligación del género no falsear la realidad. A diferencia de lo que ocurre con el ensayo literario, tú no puedes hacer depender los juicios de una subjetividad absoluta: un gol te puede gustar más que otro, pero si el marcador ocurrió de una manera,



no puedes decir que la victoria fue de un equipo distinto. Fabular o narrar la realidad a partir de algo que no puede ser traicionado es muy complejo, yo creo que ese es un elemento que los aficionados al futbol tenemos presente cuando leemos crónicas deportivas. Lo hacemos, no para enterarnos de lo que pasó porque ya lo sabemos, sino para vivirlo de otra manera. Dicha condición la identificamos en este ámbito, pero también está presente en textos como *Relato de un náufrago* de Gabriel García Márquez. La noticia ya se había dado en la prensa colombiana, se sabía que un marino había estado diez días en altamar sin comer ni beber, que iba en un barco mal estibado y llevaba contrabando; era una noticia común, pero lo que nadie sabía era cómo había ocurrido. Igual que el caso de Truman Capote en *A sangre fría*, sobre el que Tom Wolfe dice: "Todos sabíamos que había habido un asesinato y quiénes eran los asesinos, pero lo que no sabíamos era cómo y por qué. Ignorábamos los pelos pegados en la pared después de los disparos". Ese es el gran desafío del cronista: sorprender con lo que todos ya conocen.



Juan Villoro

¿De qué modo el lenguaje tiene la capacidad de potenciar el futbol? ¿Qué sucedería con este deporte si no hubiese un testigo capaz de traducir en palabras las gestas de carácter épico?

Depende de quiénes sean los cronistas. Yo me formé viendo partidos en la televisión narrados por Ángel Fernández y, aun antes de ellos, escuchándolos por la radio. El primer Mundial del que tengo memoria es el de 1962, que ocurrió en Chile cuando yo tenía seis años. Lo escuché en la radio de mi casa y la capacidad de los cronistas para narrar las jugadas me hizo verlas como si hubiese estado ahí. Tengo clarísima la imagen del último partido que disputó México, en el que estaba a punto de pasar a la siguiente ronda. El jugador español Paco Gento se descolgó por la banda, mandó un centro y Joaquín Peiró remató para clavarnos un gol de última hora, que nos dejó sin la posibilidad de salir adelante. Yo creo haber visto esta jugada, pero nunca lo he hecho. Y eso se debe a que las palabras son un arte visual, ya que convocan imágenes. A partir de entonces, asocié la riqueza del juego con las palabras que le daban sentido, al grado de que cuando iba al estadio llevaba un radio de transistores para no perderme las narraciones de Ángel Fernández, que fue el ídolo de mi infancia y me reveló la posibilidad de que las palabras podían ser símbolos mágicos. De niño, escuchando su relatos, me daba cuenta de que incorporaba anécdotas, leyendas, poemas, letras de corridos y disparates, bautizaba a los equipos de otra manera y les ponía motes a los jugadores como a Enrique Borja, a quien le decía El Gran Cyrano, por el tamaño de su nariz. Todo eso me hizo pensar que el juego, entre otras cosas, valía la pena porque podía ser narrado de esa manera.

Regreso a la infancia

¿Coincide con el escritor español Javier Marías cuando señala que "el futbol es la recuperación semanal de la infancia"?

Esa es una frase que nos representa a todos. El futbol es un mecanismo para retroceder en el tiempo, en un doble sentido: hacia el niño que fuiste y poder así volver a creer en el bien y el mal, en los héroes y en la posibilidad de que el juego mejore la existencia; pero, por otra parte, también implica un retroceso a lo que fuimos en el origen de la especie, a la horda del comienzo, a la tribu que todavía usaba los pies como parte esencial de la vida. El poeta mexicano Antonio Deltoro ha dicho que "el futbol es la venganza del pie sobre la mano", lo que llama la atención en una sociedad como la nuestra, en la que dicha extremidad inferior pareciera una parte cancelada del proceso evolutivo. De pronto, el futbol convierte al pie en una opción para el virtuosismo. Hay mucho de tribal en el futbol, no sólo por la manera de jugarlo, sino también por la manera de verlo:

la gente con la cara pintada, las hogueras en las tribunas, los disfraces, los gritos de guerra, las banderolas... Todo esto nos remite a momentos previos a la civilización, que de alguna manera siguen latentes en nosotros.

En Balón dividido*, usted reflexiona en torno a la relación padre-hijo, a propósito de las horas transcurridas en el estadio con su papá, el filósofo Luis Villoro (Barcelona, 1922-México, 2014) y las lecciones de ética que solía proferir…*

Mi padre nunca dejó de ser un profesor y trataba de ilustrar a los demás, siempre y cuando eso le pareciera oportuno; tampoco era una persona que diera lecciones a quien no quisiera recibirlas. En los estadios, él juzgaba que el equipo visitante había sido invitado por nosotros y que debíamos respetar al oponente e, incluso, aplaudirle al salir a la cancha. Esta idea tan caballerosa del juego naturalmente no era compartida por la mayoría de los aficionados, pero él les reclamaba con tal énfasis en las tribunas, que lo lograba. Para mí, el futbol tuvo un componente emocional muy grande porque mis padres se divorciaron cuando yo tenía nueve años y para mi papá ir al estadio fue una solución extraordinaria para ocupar los domingos. Otras actividades, como visitar el zoológico, se te acaban muy rápido, y en el cine no siempre hay buenas películas infantiles; en cambio, el futbol siempre estuvo disponible para nosotros. Fue el sitio donde más conviví con él. Por otra parte, algo que habla del tamaño de su afecto, y esto fue un descubrimiento tardío, es que siempre pensé que a él le encantaba el futbol, pero, en realidad, era algo que le interesaba y gustaba moderadamente. Lo hacía porque quería estar conmigo. Por tal motivo yo asocio este deporte con momentos sentimentales, lo que también le sucede a mucha gente, aun cuando en mi caso haya fracasado en el intento de interesar a mi hijo en el futbol. En fin, hay muchas maneras de ser padre y en el libro incluyo una conversación al respecto con Martín Caparrós.

Justamente en Balón dividido *se dice que "la función de cualquier hecho cultural es ofrecer un lugar común". ¿Cómo explica esto en el caso concreto del balompié?*

Sí, un lugar común en el sentido del encuentro. El futbol es una manera de tratar de regularizar los asombros. Cada sábado o domingo confías en tener una sorpresa y por ello se hace necesario tener ese espacio de congregación para el asombro. La gran paradoja es que la mayoría de las veces salimos decepcionados. El aficionado es una persona de un gran optimismo en el acontecer. Y aun cuando a los mexicanos no les hayan pasado cosas formidables en la cancha, no dejan de ilusionarse respecto a que sucedan. La pasión muere al último, porque siempre uno tiene la esperanza de que, cuando no ha visto algún buen juego, ahora lo haga; de que cuando su equipo no ha rendido, ahora rinda; es decir, hay un componente casi religioso en esa fe, en el acontecer que aún no ha sido probado en el mundo de los hechos. Y el juego tiene que ver con eso: con el lugar común en que nosotros nos reunimos a esperar lo inesperado.

Esperanza que se remonta a etapas muy tempranas, como el juego de pelota prehispánico…

Claro, el juego es inmanente a la especie humana. El juego de pelota prehispánico se realizaba con múltiples objetivos. Había un juego meramente recreativo y se hacían apuestas; pero, al mismo tiempo, había también un juego con sentido político y ritual muy grande, en que se sacrificaban prisioneros; constituía una metáfora de la rueda del cosmos y toda la dialéctica de la dualidad: la lucha entre los opuestos, el día y la noche, los dos sexos, el cielo y el inframundo. Todo eso cristalizaba en el juego de pelota. Había ciudades ceremoniales como Cantona en Puebla o Tajín en Veracruz, casi enteramente dedicadas al juego de pelota.

En esta última, existe una suerte de altar dedicado al juego.

Sí, en Tajín, el más singular de los juegos de pelota es el que está en el centro mismo de la ciudad, en su corazón religioso y político, el cual no se utilizaba para jugar sino que era un monumento; un símbolo de que el juego podía ser jugado, prácticamente es un altar dedicado a esta actividad, lo que nos habla de su enorme fuerza simbólica. Con menos dramatismo, hoy en día el futbol pone en juego valores equivalentes de nuestra sociedad, que ya no está sobredeterminada por lo religioso y el deporte no tiene un valor cósmico, pero digamos que hasta donde nosotros dependemos del juego, este representa con gran fidelidad la manera en que el mundo contemporáneo delega ahí sus emociones lúdicas.

Leer la cancha

Ver un juego de futbol es una forma de lectura para la que unos están más entrenados que otros. ¿Podría hablar de la puntuación y la sintaxis que advierte en el lenguaje que se despliega a lo largo de la cancha?

El futbol podría ser visto como una gramática. Hay jugadas que representan una pausa equivalente al punto y coma o a puntos suspensivos; hay otras que aluden a los signos de admiración. Incluso, pienso que ciertas actitudes de los futbolistas, que prácticamente no son necesarias, como escupir en la cancha, contribuyen a una muy original manera de puntuar el partido. Existen ciertas jugadas que constituyen un punto y aparte, muy definitivo; otras hacen las veces de paréntesis, que son como una especie de aclaración u oración subordinada, al interior de otra. El director cine-

matográfico Pier Paolo Pasolini escribió un texto muy sugerente, en el que compara la final de México 1970 con la prosa y la poesía. Él dice que en aquel juego Brasil practicó un futbol de poesía, donde cada jugador hacía rimas con sus compañeros y había una métrica extraordinariamente rítmica; en tanto que Italia sólo se limitó a ofrecer un lenguaje bastante tedioso en prosa y que, por eso, el marcador había terminado en 4-1, como un triunfo de la poesía sobre la narrativa. Efectivamente, un partido puede ser leído desde un punto de vista gramatical.

Ahora que refiere los desempeños poéticos de Brasil, recordé a Jorge Luis Borges cuando afirmaba que la historia universal era la historia de unas cuantas metáforas. En el futbol, ¿las metáforas y los temas que podemos identificar también son producto de variables reducidas?

Aunque obviamente esto es un juego, todos los temas de la literatura los podemos ver reflejados en el futbol. Podemos pensar que el tema del doble está claramente ahí. Dentro de un mismo equipo han participado gemelos idénticos, pero también hay otros como Careca y Maradona que jugaban con el Nápoles y que, sin ser hermanos e incluso sin pertenecer al mismo país, tenían una condición de duplicidad diabólica en la cancha. En el futbol podemos tener figuras clásicas como el Fausto: el hombre que le debe el alma al diablo a cambio de sabiduría y vida eterna. Muchos jugadores son capaces de cualquier trampa con tal de alcanzar la inmortalidad; es más, la jugada de Maradona de "la mano de Dios" es una jugada fáustica por excelencia. También tenemos arquetipos como el Don Juan, el gran seductor que corteja eternamente pero que es incapaz de conservar a mujer alguna; en tal caso, podríamos pensar en ese tipo de jugadores que son capaces de burlar a todos los rivales, pero pierden la oportunidad de anotar el gol. Si lo pensamos, también el laberinto es otro de los grandes temas literarios; evidentemente, una cancha donde hay una defensa italiana es una metáfora muy clara del laberinto y la dificultad de cruzarlo. Todo esto, sin olvidar, por supuesto, el final sorpresa; elemento que encarna en partidos que se consideraban ya perdidos, como la final de la Champions 2014, que se disputó entre el Real Madrid y el Atlético de Madrid.

Finalmente, algo que queda de manifiesto es aquello que dice el escritor argentino Eduardo Sachieri: "El futbol reproduce la vida en concreto y a pequeña escala. Durante 90 minutos se vuelve manejable hasta que el juego termina, para volver a nuestra confusión existencial".

Sí. El futbol es un relato que dura 90 minutos y pone en suspensión la vida hasta que regresas al mundo habitual. A diferencia de las religiones establecidas, el futbol no tiene un más allá, no hay idea de posteridad; en cuanto el árbitro lanza sus tres notas fúnebres en el silbato, todo termina y volvemos a la confusa realidad de los hombres, donde ya no hay buenos ni malos sino que todo está un poco mezclado.

Perder es cuestión de método

En el caso de México, perder es casi un asunto de idiosincrasia. ¿Tiene alguna consideración respecto al papel de la selección mexicana en Brasil?

Concretamente, el entrenador de la selección tiene uno de los puestos más difíciles del país, porque debe ser un vendedor de ilusiones en un territorio donde todo conspira en contra de ello y donde los resultados rara vez respaldan que se tenga gran fe en el equipo. En tiempos recientes, hemos tenido una especie de guion de telenovela en lo que se refiere a la selección nacional. El aficionado mexicano ha pasado por tantos altibajos que resulta difícil tener confianza en el equipo; sobre todo en un país en que el grito de la afición para respaldar a los suyos es: "¡Sí se puede!". Obviamente, lo que tenemos es la certeza de que rara vez se ha podido y la victoria nunca ha sido para nosotros. Ni siquiera es una nostalgia, no hay una arcadia del pasado en la que México haya sido poderoso. Nada de esto nos permite sospechar que llegaremos muy lejos.

¿A qué atribuye esta reiterada condición?

Una de las características del aficionado mexicano es que se desentiende con facilidad de la evidencia. Como lo observó muy bien el filósofo Jorge Portilla, las fiestas y ceremonias solamente sirven para congregarnos. Y, una vez que eso sucede, el pretexto se borra, pasa a segundo plano. Quienes gritan en el Zócalo el 15 de septiembre no necesariamente son independentistas; quienes celebran el puente Guadalupe-Reyes no necesariamente son muy católicos. Se trata, pues, de pretextos cívicos o religiosos para echar relajo. Por la misma razón por la que nos colamos a una boda donde prácticamente no conocemos a nadie, el aficionado se siente contento de estar en un estadio. Aunque los suyos no ganen, lo importante es la aventura de estar juntos: la reunión comunitaria. Eso es lo que explica que los estadios se sigan llenando con un futbol de baja calidad y que sigamos inventando razones para estar ahí. En ocasiones, limitamos nuestra esperanza a proyectos más o menos asequibles como tratar de llegar al quinto partido. Esa ha sido la obsesión de los últimos campeonatos mundiales, pero parece que en Brasil será muy difícil logarlo. Ojalá que me equivoque, porque no dejo de ser aficionado y puedo tratar de concebir razones previas, pero una vez iniciada la Copa del Mundo, ya sólo tengo supersticiones. **u**